

RETACITOS DE MI MEMORIA

Por Nadiezhda Henríquez

Dicen que me hace bien, así que este es un intento por relatar lo vivido durante estos últimos siete años. Es como un esfuerzo de mi consciencia, de mi memoria y de mi dolor, cuando muchas cosas dentro de mi cabeza y mi alma no están aclaradas y no encuentran tranquilidad.

En mayo de 2008 enterramos a mi papá en una cajita livianita y pequeñita donde estaban sus huesitos ultrajados, trasteados y manoseados, yo los vi otra vez en fotos, sobre la mesa de lozas de un laboratorio, limpiécitos y organizaditos, bien contados, pero por más que los organizaron y recontaron, no pudimos ver su boca allí, como tampoco la vimos antes, cuando aún estaban en la tierra de su fosa recién abierta, su boca, la dueña de su maravillosa sonrisa, los huesitos que junto con su piel, músculos y bigotes eran los provocadores del don que recibió mi papá: la palabra; el discurso alegre, divertido, contundente, encantador de un hombre que convencía en reuniones, agitaba manifestaciones, divertía en parrandas, que enamoraba a mi mamá con sus versos, que me enseñaba sobre la vida y me corregía con afecto. ¿Dónde quedó su boca?

Puede ser entre el barro amarillo apelmazado del fondo de su fosa, un lugar bonito de la Sierra Nevada, bajo la selva, entre quebradas de grandes piedras redondas surcadas por caminitos de hormigas arrieras llevando hojitas de árboles, helechos y enredaderas.

No le faltó el agua, dicen que los muertos penan pidiendo agua.

Tal vez, su boca se la llevaron lejos las raíces que se alimentaron con sus entrañas y con su cabeza rota por los tiros de gracia,

¿Cuál gracia?,

¿A quién le hace alguna gracia dos tiros en la cabeza?,

...pero el lugar de mi angustia está en pensar que los canallas se la hayan arrancado a machetazos, para que se callara. Mi abuelo dijo el día en que se lo llevaron: “si lo dejan hablar, se salva”, no se salvó.

Esa fue una desaparición absurda, sucedió en medio de una reunión con más de veinte campesinos, todos testigos, así como testigos fueron las mujeres, hombres y niños que en una típica mañana de domingo campesina estaban por ahí, para ellos fue